

Los mejores maestros y maestras son los de antes

Miguel Ángel Pérez Reynoso

Doctor en educación. Profesor-investigador de la Unidad 141 de la UPN Guadalajara. safimel04@gmail.com

Quiero referirme en esta ocasión no a un maestro o maestra en particular, sino a los que pertenecen a una generación de antes. En la década de los sesenta y los setenta, cuando aún no había COVID, ni prisas, tampoco crisis económica, no había teléfonos celulares y comenzaban las primeras computadoras; el estilo de vida transcurría más lento de como lo vivimos ahora. Bajo ese mundo tengo imágenes diversas, si bien algunas difusas, muchas otras han quedado firmemente grabadas en mi memoria. Quiero afirmar que los maestros de antes eran docentes que dejaban huella y, de esta manera, bajo el vuelo de los recuerdos, destaco a la maestra Sara de 6° grado de primaria y a Guillermo Zabalza maestro de matemáticas de 2° de secundaria que lo poco que sé de algebra se lo debo a él.

Pero esto no es lo importante, me detengo en la mística y en la entrega en el trabajo. Las maestras y los maestros de antes te llevaban como de la mano por un sendero de imaginación, eran buenos docentes contadores de historias, que aprendías a tejerlas a su lado. De esta manera, reconozco a modo de hipótesis que las maestras y los maestros de antes eran mejores que los de ahora, debido a que tenían mayor claridad en su tarea y aun con limitaciones importantes en el terreno teórico metodológico sabían enseñar. Los docentes de ahora son personas desdibujadas, sin claridad en lo que son, y sin rumbo claro de hacia dónde se dirige su trabajo al interior de las escuelas.

En mi historia personal no tengo recuerdos ingratos, si bien había docentes que usaban la vara, pero era para chicos muy focalizados, no digo que lo merecían, nadie merece un castigo y menos un castigo físico, pero una forma de definir y regular la relación educativa, era de esa manera ¡a reglazos! Recuerdo al maestro Adán de 5° de primaria

que nos contó la historia de su regla (forrada de color azul) a la que le llamaba Ziranda, y contaba que en una familia las hijas le pedían permiso constantemente a su mamá para irse de fiesta y la mamá les respondía: “si como no, si quieres ir anda, que se traduce en si quieres Ziranda”. Aquí había un mensaje de doble vínculo, condicionar un comportamiento a su potencial castigo, lo curioso es que los chicos de la época, de entre 11, 12 o hasta 13 años no lo tomábamos a mal, nos parecía graciosa la historia y sabíamos lo que podíamos esperar de la famosa Ziranda que, por cierto, nunca tuve el gusto de probarla.

Mi historia escolar en la primaria transcurrió en dos escuelas, la Escuela Urbana núm. 61 en la calle de Hospital entre Alcalde y Liceo de 1° a 3° grado, (enfrente de lo que después sería el Palacio Federal) también llamada “Ramón Corona”, y la Escuela Urbana núm. 106 “Encarnación Rosas” de la colonia del Sur de 4° a 6° grados. En la primaria “Ramón Corona”, nos llevaron en segundo grado a visitar el Mausoleo de este ilustre personaje de nuestro estado, el cual se encuentra en el Panteón de Belén y nos contaban la historia de como Primitivo Ronn lo asesinó al salir del Teatro Degollado un domingo por la mañana. Ramón Corona quería ser presidente de la República por el ala liberal, Primitivo Ronn, era un loco desquiciado, fanático que en plena luz del día y con puñal en mano mata al que también fue gobernador del estado. Esa era la versión contada por los docentes de la época, no sé qué corrijan o que digan los historiadores especializados en el tema en el momento actual.

Los años pasaban, después de la primaria ingresé a la Escuela Secundaria núm. 3 para valores en la Colonia Morelos, recuérdese que, en esos años, las escuelas eran unigénero o de mujeres o de varones. Considero a la distancia que la educación media es la caja negra de la experiencia escolar, a diferencia de los seis grados de la escuela primaria, tanto la secundaria como el bachillerato, son etapas intrascendentes con imágenes de docentes fugaces, por ejemplo, aun no supero el trauma en el aprendizaje del inglés con Miss Sarachu en primero de secundaria y de ahí hasta el infinito.

Con los años, opté con formarme como maestro de educación primaria y, de esta manera, en el año de 1976 ingreso a lo que en ese

momento se llamaba la ENJ (Escuela Normal de Jalisco), aun no era ni Benemérita ni Centenaria. Al ingresar en 1976 y egresar en 1980 formo parte de una generación privilegiada de grupos de 100 alumnos y con un egreso de más de mil docentes en ese año. De esta manera se da un giro radical en las imágenes recibidas hasta ahora, se les da un vuelco a las imágenes sedimentadas, de los cuatro años de educación normal y de los cerca de entre 30 y 40 docentes con los que interactué, quiero decir (y tal vez me escuche un tanto injusto), pero no reconozco, ni distingo a ningún docente que haya dejado huella en mi persona. Inclusive tengo experiencias algo ingratas al formarme como docente, como es el caso de la maestra Ana Sofia García, que era realmente ofensiva para los jovencitos de 16 o 17 años que deseábamos ser maestros y maestras. Lo que destaco de esos años, es que la vocación y el compromiso de ser docente (bueno o malo), no pasa por las aulas, existen otros mecanismos, otros dispositivos, se dirá recientemente que mueven a las personas a hacer algo. El potencial formativo viene desde dentro hacia afuera, desde aceptar una plaza en el medio rural en un lugar distante, el asistir todos los días viajando día con día, el hacer amigos y amigas en el trayecto y el platicar e intercambiar experiencias con los colegas.

La docencia es una forma de tejer vivencias inesperadas que se engarzan con sentido cada día y esto lo tengo muy claro desde aquellos de septiembre del año de 1980 en que llegué, por primera vez, al poblado de Tlachichilco del Carmen municipio de Poncitlán, Jalisco a trabajar como maestro de grupo por primera vez.

En 1987 hay otro giro en mi vida, cuando obtengo 7 horas como docente de educación secundaria en la Escuela Secundaria para Trabajadores de La Experiencia y, en 1990 viene un nuevo parteaguas cuando gano vía concurso de oposición medio tiempo en la UPN 142 de Tlaquepaque. Ahora no sólo tuve las imágenes en el tratamiento de maestros en mis años escolares, sino que me formé como maestro frente a grupo y ahora en un nivel diferente atenderé docentes como parte de su proceso de profesionalización y nivelación docente.

De esta manera, (ya como asesor de la UPN Tlaquepaque) viajar todos los fines de semana a Jocotepec, Jalisco, para trabajar en el

módulo de aquel lugar. En mi primer año atendía a 70 maestros en dos grupos, en la línea terminal en matemáticas. Ahora me doy cuenta de la disposición por mejorar, pero también de las resistencias docentes, de la inseguridad profesional y de la importancia del acompañamiento en la formación. Los otros docentes, no son otros, somos nosotros mismos reflejados en un espejo dentro de una historia larga de imágenes, recuerdos, tristezas, fracasos y satisfacciones. Esa es la docencia hoy en día, un frasco lleno de claroscuros, que se reflejan y proyectan socialmente y que nos van forjando desde los primeros días en que fuimos estudiantes de educación básica.